



Donde habitan los sonidos olvidados: las fábricas vivas por las mujeres obreras de Murcia durante el primer franquismo (1939-1959)

**Where the forgotten sounds live: the factories inhabited by working women
in Murcia during the first Franco regime (1939-1959)**

Ibán Martínez Cárceles

Departament d'Educació de la Generalitat de Catalunya

imarti60@xtec.cat

Fecha de recepción: 09/06/2020 Fecha de evaluación: 08/09/2020
Fecha de aceptación: 16/11/2020

Abstract:

The main objective of this article is to show the social plots of some of the vegetable preserves factories in the Region of Murcia during the first Franco regime (1939-1959). For this, the legislative aspects are taken into account, but above all it starts from the oral memory of some of the workers. In this way we relate the amalgam of joys and sorrows of the workers, showing the violence exerted by those who exercise power. Finally, we show how through singing the workers could make certain replies to some of the speeches held by those who exercised violence.

Key-words: place; violence, collective singing; working women; heritage; oblivion

Resumen:

El presente artículo tiene como principal objetivo mostrar las tramas sociales de algunas de las fábricas de conserva vegetal de la Región de Murcia durante el primer franquismo (1939-1959) y reflexionar cómo han sido ocultas por la memoria institucional. Para ello, se tienen en cuenta los aspectos legislativos pero sobre todo se parte de la memoria oral de algunas de las trabajadoras. De ese modo relatamos la amalgama de alegrías y penas de las trabajadoras, mostrando las violencias ejercidas por aquellos que ejercen el poder. También expondremos cómo a través del canto las obreras podían realizar determinadas réplicas a algunos de los discursos sostenidos por quienes ejercían la violencia. Por último, en las conclusiones reflexionaremos sobre cómo han sido ocultos algunos lugares en los relatos históricos.

Palabras clave: lugar; violencia; canto colectivo; mujeres obreras; patrimonio; olvido

0. Introducción

En algunos contextos, cantar era la manera más efectiva de decir aquello que no podía ser dicho. Esto es lo que encontramos en la memoria de las trabajadoras de la conserva vegetal de algunas fábricas de la Región de Murcia. A través de los recuerdos hemos encontrado un universo de sonidos, miradas y expresiones que navegaban por las complejas tramas sociales del primer franquismo. Un momento histórico que nos permite observar con asombro como las zagalas se movían entre el nuevo mundo que dibujaban las sociedades industriales y las prácticas que les eran dadas de las generaciones anteriores. Así, nuestras entrevistadas nos han relatado una práctica cantada no visibilizada por la academia hasta ahora, probablemente porque no entraban en las lógicas de aquello que debía ser entendido como un artefacto tradicional. Recordemos que el folklore en España ha sido constituido desde unos principios sesgados y muy marcados por una mirada nacionalcatólica, impuesta por la sección femenina y bajo la batuta de García Matos, quién hizo una selección muy cuestionable (Lizarazu, 1996). Ese sesgo también va dado por la selección de los “lugares antropológicos” (Augé, 2009) que las instituciones observan como válidos para ser parte de los procesos de patrimonialización¹, es decir, entre todos los lugares que son señalados para ser parte de la “memoria colectiva”, las instituciones seleccionan los que mantienen cierta coherencia con los paradigmas ideológicos del poder.

Korczynski, Pickering and Robertson (2013) en una de las pocas referencias de estudios musicales en entornos industriales nos explican que la mirada sobre estos entornos se ha oscurecido, dejando en la sombra las actividades sociales que se producían a través del sonido, reduciendo la música a un mero uso de coordinación. Un cliché que desde la academia fue roto en 2008 por Jaume Ayats en su libro *Cantar a la fàbrica, cantar a coro* sobre las fábricas que se encontraban alrededor de la cuenca media del río Ter. En el caso de Murcia, encontramos una pequeña referencia extraordinaria, Luisa Carnés, la escritora olvidada de la generación del 27 y relatora de las mujeres obreras, en 1936, en la revista *Estampa* firma un fotorreportaje titulado «Cómo ganan para su ajuar las muchachas de la huerta...» (Nº 441, año 9, pp. 15-17. 27 junio 1936). La autora nos señala a Alcantarilla como un lugar donde era conocido el gusto por cantar entre las jóvenes obreras de las fábricas de conserva vegetal. Una generación posterior, a finales de los años 40 y principio de los 50 es donde centramos nuestro relato, el cual

¹ La patrimonialización de la cultura es un ejercicio por el cual se seleccionan unos objetos, se les transfiere a un campo de valor y entran en negociación con el campo social de un determinado colectivo imaginado al cual ha sido otorgado. Es decir, hay todo un ejercicio ideológico que impulsa a una determinada selección, asignación e interpretación de ciertas prácticas o elementos culturales (Ariño Villarroja, 2001: 15).

enmarcamos como un relato intersubjetivo -no haremos a todo el colectivo presos de lo que explicamos.

Los recuerdos a los que hemos accedido nos sumergen en una narración que se mueve por una amalgama de alegrías y tristezas, las cuales, eran expresadas por las obreras a través de los recursos sonoros que disponían, este aspecto ha sido profundizado en Martínez Cárcelos (2019). En el presente artículo profundizaremos en las experiencias laborales de las mujeres obreras en la Región de Murcia durante el primer franquismo y las tramas sociales de las fábricas de conserva vegetal de la Región de Murcia, centrándonos en las fábricas de Cobarro y Carides en Alcantarilla, el almacén de vegetales de Miguel Martínez en Totana y la fábrica de Eulogio en La Puebla de Soto. De forma secundaria, también recogemos testimonios en otras fábricas de Alcantarilla como Hero, Florentino y Cascales. Para ello hemos realizado casi un centenar de entrevista, cincuenta de ellas grabadas desde 2012 hasta 2018.

1. El contexto laboral para las mujeres obreras en Murcia durante el primer franquismo (1939-1959)

Asociar una determinada actividad con un arquetipo de género ha sido uno de los argumentos biopolíticos más recurrentes para ejercer cierto control sobre los cuerpos. En un principio, el ideal propuesto por el franquismo establecía que la producción debía ser masculina y la reproducción femenina. Este ideal romántico basado en un esquema supuestamente tradicional chocó con la situación crítica de muchas familias y con una tradición asentada de trabajo femenino. La premisa propuesta por el Estado franquista se deshizo y solo quedó en el imaginario legislativo la posibilidad de una España de pequeños campesinos propietarios, portadores de los auténticos valores hispanos. Esta propuesta invitaba a ocultar un pasado y un presente de arduo trabajo de mujeres, niños y niñas.

Los trabajos femeninos debían encajar con la base ideológica del régimen. El trabajo en el interior para las mujeres casadas era una imposición legislativa tanto en las leyes fundamentales redactadas en 1938 como la ley que regulaba el trabajo en el decreto de 26 de enero de 1944. Este tipo de trabajos pseudointeriores en los pueblos de Murcia podían ser con el gusano de seda, el esparto o en el interior de las casas cosiendo. Más allá de esta tendencia, las zagalas más jóvenes y algunas ya casadas desarrollarán su actividad laboral en el campo y en las fábricas de conserva vegetal. Las mujeres de clase popular más afortunadas tenían una taberna, un pequeño negocio de ultramarinos o una pequeña tierra que cultivar. Otro trabajo recurrente para las zagalas más jóvenes era servir como criadas en cualquier casa o finca perteneciente a familias con un cierto poder adquisitivo. Entre las actividades desarrolladas en este contexto de precariedad era “ir a lavar”. Un eufemismo que utilizaban entre las vecinas para señalar a la que ganaba un dinero con la prostitución.

La mujer productiva según el discurso institucional lo era por necesidad, por tanto, se establecía que la mujer obrera no era un ente

autónomo y por tanto no trabaja por voluntad. En 1944 la legislación determinó que la mujer era media fuerza y no una fuerza entera como el hombre, estableciendo sueldo de niño, mujer y hombre de forma progresiva. A este marco le debemos añadir que los trabajadores fueron consideradas “culpables, y debían pagar su atrevimiento procediéndose a eliminar sindicatos y líderes obreros” (Escudero Andújar, 2007). Las mujeres cercanas a los sindicatos y las mujeres anarquistas murcianas agrupadas en la organización Mujeres Libres, o en la SIA -Solidaridad Internacional Antifascistas- fueron objeto de represión. Los tribunales militares fueron especialmente duros en Murcia con las mujeres que ocuparon cargos dirigentes en ciertas asociaciones como en la AMA -Asociación de Mujeres Antifascistas-, el Socorro Rojo Internacional o el Comités de Refugiados (González Martín, 2011). Desde un punto de vista legislativo se intentó crear un régimen disciplinario donde las trabajadoras eran observadas como sospechosas por su condición. El Estado quiso controlar la clase trabajadora haciendo una depuración según su ideología, todo ello a través de organismos como la Organización Sindical Española. La connivencia entre las empresas, sindicatos y el régimen franquista fue total cuando en 1942 se estableció el sindicato vertical, aniquilando cualquier otra opción de asociación de trabajadoras que recuerde a la etapa anterior.

Sin embargo, la etnografía nos relata ciertos matices que nos hace comprender de un modo diferente la relación con el trabajo, una mirada que no alcanza a entenderse sólo con el relato legislativo. El control del trabajador no se producía directamente ni por el sindicato vertical, ni por las oficinas de colocación, ni era necesaria la cartilla profesional, evidenciando el escaso valor efectivo de estos instrumentos (Babiano, 1998). En primera instancia, la depuración exigida por la administración no se produjo por la posición política del trabajador, la discriminación se produjo por los intereses directos de los amos. Bajo esta lógica debían acceder al mercado laboral tanto hombres como mujeres, además de niños y niñas. Sobre muchas niñas cayó el peso de muchas tareas: dando de comer a los animales, ocupándose de lo que fuera necesario en el campo, recogiendo cortezas en las fábricas, yendo a por agua a la fuente, haciendo la comida, lavando la ropa, etc.

2. Las fábricas de conserva vegetal habitadas

Las fábricas se convirtieron en uno de los lugares más usuales de socialización entre mujeres, forjando un espacio donde desarrollar las relaciones interpersonales dentro del entramado social. Las obreras que nos encontramos en las fábricas estaban condicionadas por una situación adversa que las dejaban a merced de una dicotomía imposible de cumplir, la de ser virtuosas o pecadoras. Cuando los amos y las encargadas disponían un significado lesivo para el honor de las obreras desde una violencia discursiva, las trabajadoras no solían tener posibilidades de hacer una réplica directa. Se las suponía como putas o ladronas. Una de nuestras informantes nos explicaba la reacción de la mujer de uno de los amos:

Iba la señora doña Julia Yelo, a la fábrica, (...) y decía a la maestra: «¡Luz! ¿Sale mucha naranja helá?» Le decía la señora a la maestra y le decía: «señora, pues toa, porque si sale una buena las llevan ellas en las tetas pa' sus hijos». [ajaja] toa señora, ah... (Salud 1938).

Cada amo marcaba las distancias de un modo diferente, aún así podemos hablar de un cierto miedo extendido que se respiraba en la mayoría de las fábricas. María Corrales (1931) nos lo explicaba: “Cobarro, yo no lo veía, estaba el tío Isidro, el otro. Un día le... di [a Jesús Cobarro] con la canasta, y me tropecé, y me decía: ‘¡Nena! ¿Qué haces?’”. El amo tenía muchos brazos que podían jugar su papel. En Caride el hermano del amo también hacía ese papel. Comentaba Salud (1938):

Don Camilo, que cuando venía le temíamos, era el tío más malo que pare madre... Ese hermano también, que se quedarían los mineros, se quedarían los pobretico descansando [...] ¿En qué sentido malo? ¡Pues látigo! Te ponía firme, no chillaba, sino que se ponía a lao tuyo y al oído. Sí, muy malo. Que viene don Camilo, mucho miedo, lo que había antes, mucho miedo.

La incidencia que cada amo tenía en las fábricas era incuestionable, no había réplica directa. Pese a eso las trabajadoras eran conscientes de las agresiones que recibían. Una informante nos decía: “La sangre del obrero es mu *durce*”. Sobre uno de los amos, Caride, manifestaba: “Él era eso, que le gustaba muy beatos, de la virgen de los Dolores, tenía pa' pagar a las novenas, pero eran muy ladrones, en el sentido en que nos quitaban mucho dinero de lo que estábamos dando. Pero también te digo que conmigo no se metieron”.

En una de las fábricas estudiadas, la de Eulogio en la huerta de Murcia, era habitada por menos trabajadoras y éstas eran más cercanas entre ellas, ya que muchas eran vecinas. Además, al contar con menos trabajadoras no había una encargada o maestra. Al no tener la celosía que suponía la presencia de una encargada hemos podido constatar réplicas más directas que en las presentes en las fábricas más grandes. Aún así, este tipo de respuestas al poder eran vistas como un suceso esporádico. María (1936) y Mercedes (1943) recuerdan cómo eran las interacciones con Eulogio.

MARÍA: Así terminó él. Eulogio era malísimo.

MERCEDES: Era un borracho, era un borracho sinvergüenza.

MARÍA: No hacía más que jarras, na más que mandar a la gente: “Tráeme una jarra de cerveza fresca de enfrente”, que había un bar.

MERCEDES: De anca la pollera.

MARÍA: Y venga, y otra, y venga. Luego salía to colorao como un pavo real a decir lo que le daba la gana [María lo explica con voz grave, enfatizando esta voz cuando dice colorao, gesticulado a la vez con rigidez y haciendo gestos que indicaban una gran corporalidad].

ENTREVISTADOR: ¿Estaba gordo?

MARÍA: Pa' explotar.

MERCEDES: Salía delante de toas las mujeres arrascándose ahí, pero es que había sin vergüenza... Va y le dice la Encarna "la del Cojo": "Eulogio, digo que no hay cosa más rica que rascarse cuando pica".

MARÍA: ¡Ja, ja, ja! Que poca vergüenza de mujer ¡Ja, ja, ja! En vez de hacerse la disimulá, hay gente pa' tó. Le dijo a una que estaba detrás de mí: "¡Tú levántate y veste a las cuchillas!", y ella siguió allí un rato. Dice: "¡Pues no te he dicho que te levantes!", y dice: "A ver si usted cree que voy a dar el triple salto mortal pa' salir de aquí".

MERCEDES: La verdad, pero que yo no me explico. Había buena, había buena...

Muchos de los amos hacían una exhibición de poder y sexualidad de distintas formas y maneras, ya sea Jesús Cobarro con su estética de *dandy* luciendo su traje blanco o Eulogio de un modo más burdo. Así lo identifican las obreras al hablar de él como un *pavo real*. Esa exhibición de aquellos que tenían el poder no quedaba ahí, son numerosos los relatos que nos explican cómo había amos que llegaron a cometer abusos sexuales de forma repetida e incluso violaciones. Una de nuestras informantes que por petición propia permanecerá en el anonimato nos explicaba:

Y el tío Eulogio, no tenía una o dos, todas las que pillaba y las que tiraba a la acequia y la que se cayó a la acequia huyendo... Y como no quiso en un brazal, en una acequia chica, en la acequia mayor no, en una acequia chica, huyendo de él, para que no la atrapara porque quería estar con ella y ella no quiso, porque tenía su novio. La [...], esa que era tan guapa. Tu abuela era más mocilla, y yo me acuerdo perfectamente, estaba la fábrica y mi casa. Si el tío tenía cinco mozas, una pa' planchar, una pal crío, otra pa' cocina, otra pa' limpiar. Y dos chóferes.

La total desprotección de las trabajadoras las dejaba en situaciones extremas. Una lotería que se vivía con temor. Mercedes (1943) nos contaba: "Yo tuve suerte, no ves que estaba enrobinada". La actitud de Eulogio no se trataba de una transgresión puntual por parte de uno de los amos, sino que se trataba de la plasmación física de la sociedad de dominación masculina en la que vivían (Bourdieu, 1998). Los cuerpos

disciplinados de las trabajadoras mediante la violencia discursiva o corporal mostraban al amo como un ente impune. Muchas obreras se veían en una situación violenta, compleja e injusta: someter su cuerpo a la voluntad de quien ejercía el poder en un marco de cierta interioridad o quedar expulsada del trabajo, humillada y expuesta a la pobreza más extrema, asumiendo el sufrimiento como parte de su condición de género y clase.

Una de las consecuencias de la violencia ejercida por los agentes de poder dentro de las fábricas era la de objetivación a las mujeres, no solo desde un ámbito discursivo mediante la significación de ciertos arquetipos, sino también mediante una dominación física: el cuerpo de las trabajadoras se llegó a convertir en objeto de intercambio. Fina (1931) y María (1936) nos explicaban lo siguiente:

FINA: Sí, estuve en una máquina que hacía botes de medio kilo, luego lo estuve llenando, los botes de medio kilo unas cuchillas los partía, los metías en una máquina y salían los botes hechos y tenías que ir metiéndolos y empaquetándolos. Antes había mujeres soldando.

MARÍA: Ahí estuvo mi suegra, la abuela... Vino un maestro [...] Ese tío era más putero que la orden, enseñó a trabajar a todo el mundo en la hojalatería o donde fuera si le metía mano.

FINA: Yo iba a lo mío. A una, a esa le han metío to la mano que han querío, a esa cuando había una hora de trabajo la llamaban siempre, eso pasa en tos laos hijo...

Son muchas las historias que nos han explicado de diferentes amos que hemos preferido omitirlas porque nos lo han pedido explícitamente, tanto de las fábricas que nos centramos como de otras. Delante de este tipo de dinámicas parecía crearse una especie de silencio sobre hechos concretos, movido probablemente por la empatía y por un sentido de colectividad. Aún así, siempre había ojos que atrapaban estos sucesos y se acababan deslizando las palabras entre las trabajadoras. A esta dominación corporal mediante la violencia que los amos ejercían contra las obreras también estaban expuestos los hombres. Salud (1938) nos explicaba lo que le pasó a un trabajador “que le gustaban mucho las payas”:

Bueno, espérate, yo estaba más metía, me comprendes... Es que yo no sé expresarme como tú que tienes estudios. Tenía uno, [...], le gustaba los tíos, un hermano [del amo], [...] Entonces los pillaron en el almacén con uno que trabajaba allí, que se armó una revolica que pa' qué.

La homosexualidad en el contexto que estudiamos era relativamente invisible, estaba fuera de los límites legislativos y sociales

de la normalidad del espacio público. Situaciones vividas en el interior de las fábricas evidencian que las identidades de género divergentes a las normativizadas eran asumidas mucho mejor cuando eran ejercidas por personajes de una posición social privilegiada. El ritual por el cual las trabajadoras eran disciplinadas y vilipendiadas en las fábricas comenzaba por la acción de las encargadas. Los encargados y las encargadas eran un mecanismo disciplinario, tal y como exponía Joseph de Maistre “entre el príncipe y el pueblo, el verdugo constituye un engranaje” (Foucault 1975: 78). El dominio sobre las obreras era ejercido normalmente por mujeres que eran madres solteras. Dentro de las dinámicas sociales que relatamos las encargadas eran un mecanismo de doble dirección. Sometían a las trabajadoras a suplicios, obligándolas a ciertas ceremonias para establecer unos cuerpos productivos. También creaban un manto que salvaguardaba a los amos de réplicas o críticas directas. Las encargadas eran la válvula que mediante determinadas maniobras regulaban una red de relaciones siempre tensas, siempre en actividad. Al interactuar de forma más constante en ese entramado, las encargadas podían ejercer el poder de un modo más productivo que los propios amos.

Los roles intermedios encarnaban la tensión entre aquello que era adecuado en el espacio público y la productividad. Esta tensión que normalmente se resolvía a favor de la productividad, con el paso de los años se hizo más evidente. Así, podemos observar como por ejemplo, con el cambio de mentalidad generacional se tiende a depurar la presencia de mujeres mayores en las fábricas. Además, podemos apreciar como el hecho de ser vecinos deja de ser un elemento de peso para trabajar en una u otra fábrica. Esto nos explicaba Salud (1938):

Y una mujer que estaba medio ciega, estaba limpiando uva, estaba de las primeras, que no lo tenía que haber hecho así, la tenían que haber puesto por el medio. Y el tarzán la vio, el mayor, el José [Jesús] y la vio que se arrimaba mucho a la uva porque no veía mu bien la mujer. «¡Toñin!» Al maestro: “¿es que no estás viendo que esta mujer no sirve pa' limpiar uva? ¡A la calle!, ¡A la calle!, ¡A la calle!”, y tenía mucha amistad él con ella porque eran vecinos y entonces por la tarde volvió a trabajar la mujer sin que el otro se enterara, y la pusieron por medio porque le hacía mucha falta, porque tenía dos crías pequeñas. Eran malos porque los jefes los hacían malos a ellos también, me entiendes. Lo llamaban tarzán porque era mu grande, tenía unos pies así de grande, iba muy limpio, un señor, unas chaquetas mu, mu...

Algunas de las encargadas son muy recordadas por la dureza de su trato a la hora de disciplinar a las trabajadoras. Entre todas las encargadas, la Luz ha dejado una impronta muy honda. Fina (1931) nos decía: “Teníamos una encargá que era mu sinvergüenza, la Luz, era madre soltera”, también lo recordaba Carmen Ruiz (1935): “La luz nos decía: 'putas, os vais a ir a la calle'” o María Corrales (1931): “Encargá

había la Luz, decía: '¡puta! ¡Venga que no hacéis na!'" El cuerpo sometido es el cuerpo productivo (Foucault, 1975). Ese sometimiento a las mujeres obreras no solamente venía del discurso moral que proponía el marco político, sino que el sometimiento también era plasmado a través del castigo físico. Nos explicaba Remedios (1942):

Si te ibas al váter y cuando estabas mucho tiempo, cogía un cardero con agua con zotal y le echaba zotal por el váter. Cuando las mujeres estaban dentro de los aseos, como los aseos tenían un trozo pa' arriba abierto, ella cogía un caldero con agua y una escoba, le echaba zotal y con agua zotal le echaban pa' que salieran corriendo. Eso lo hacía la Luz. Yo estaba trabajando anca Caride, me fui anca Cobarro quince días y me decía puta. Yo que no me comió una rosca en mi vida y tú que tienes un hijo soltera... Anca Caride no nos decían puta, la Rosario no nos trataba mal.

El zotal se convertía en uno de esos signos reconocibles que eran entendidos como elemento de humillación. Ese castigo físico iba acompañado de una amenaza, quedar excluida del trabajo. En el caso de la Luz nos relatan cómo castigaba despidiendo a trabajadoras por días. Nos lo explicaba Mercedes (1943) en conversaciones con María (1936).

MERCEDES: Ella decía la fulana, la fulana y si tal, te despedían pa' un día, pa' dos...

MARÍA: Te castigaban.

MERCEDES: Una tontería, una decía arrestá, por ejemplo, si le decías vámonos ya y faltaban... Si hacías, a lo mejor era una tontería y decían la fulana ha hecho esto. Sean las diez o la una, aunque faltara quince minutos pa' terminar, te echaba y te tenías que ir. Eso era el látigo porque era trabajar, trabajar, era la esclavitud, se vengaban porque te sacaban la piel que no podías más y se te pillaban hablando y no te echaban, te ponían en el peor sitio.

En el lugar de trabajo se construían algunos de los elementos simbólicos que tenían incidencia en el espacio público. Uno de esos elementos simbólicos fue el rito de paso de niña a mujer. Las serenatas en algunos lugares tenían la función de indicar sonoramente el paso de niña a mujer para el pueblo, este proceso en algunas zonas urbanas donde la repercusión de una serenata quizás no tenía la misma incidencia fue ejercido desde las fábricas. ¿Cómo? Con el jornal que daban. Nos lo relata Encarna «La coja» (1940):

Yo quiero contar una cosa de la Hito y tú. Estábamos trabajando en la fábrica de la uva. La Hito era de buen culo, que le decía esta: mira, María, culo gordo y sin menear. Le tenía envidia, pero llegó la hora de la cobrar, ¡ah! ¡Ostias! ¿Te cree que se me olvidan esas cosas? Si no me paga como mujer quemó la fábrica.

¡Mama mía! A la otra por tener el culo gordo y estar más desarrollao le pagaron como mujer, tres meses que se llevan y a ella como cría. Cuando le enseñó lo que había cobrado, subió pa' la oficina, dice: "¡Mira! le habéis pagao a una que tiene tres meses menos que yo de mujer y a mí de cría y a mí, llorando, a mí me tenéis que pagar de mujer, si no, yo no me muevo de aquí en to el día, que a mí me hace mucha falta que tengo un padre enfermo con una pierna menos, que está cojo. ¡Me tienen que pagar como a ella!". Bajó el tío chico aquel: "¿Qué le pasa a esta muchacha?". "Mire usted, yo trabajo más que ella, llevo to el día acarreando platonos, mira usted como tengo las manos, sollaicas. Esa esta sentá limpiando uva tan ricamente". "¿Y qué?", "a ella le pagan como mujer y a mí como cría, sabes usted lo que te digo, no me muevo de aquí hasta que me paguen". Me dijo: "Ven pa' cá", y me dio las perras que me faltaban.

Más adelante el hecho de cobrar como niña o mujer no dependía del amo o el encargado, se estableció legislativamente. Las zagalas comenzaron a ser consideradas mujeres desde una perspectiva legal al llegar a cierta edad, aunque en las prácticas sociales algunas ya se les consideraba mujeres. Esto interesó a las fábricas, así nos lo explica Remedios (1942): "Pero eso es que lo hacían, yo estaba en Caride cobrando como mujer y cuando vino la orden que hasta los 17 o 16 años o 18 no éramos mayores, a mí me bajaron como cría, porque la orden era... "



Fig. 1. Trabajadoras de la fábrica de Eulogio. Fuente: Archivo familiar

3. Las fábricas exhibidas: los amos en las tramas de interioridad y exterioridad

Después de constatar ciertas dinámicas de dominación hacia las trabajadoras y de ciertas ceremonias de poder dentro del entramado social de las fábricas, observaremos cómo los amos se mostraban en el espacio público. Las trabajadoras se encontraban en un lugar con un cierto grado de interioridad, lo cual permitía establecer unas dinámicas diferentes al exterior. Los muros de las fábricas no eran herméticos, funcionaban como una celosía para una mirada exterior. Las construcciones narrativas en el interior se deslizaban de un modo u otro al exterior, ya sea por las acciones que marcaban el relato sobre los agentes que trabajaban en las fábricas como por la incidencia de los amos fuera.

Las fábricas eran de diferentes contextos y tamaños. En las fábricas más pequeñas se observa un mayor grado de permeabilidad en ambas direcciones, las trabajadoras venían de lugares comunes. En las fábricas grandes la disciplina era más rígida y la distancia entre amo y trabajadoras era mayor, además había una cierta heterogeneidad respecto a la procedencia de las trabajadoras.

En Alcantarilla, el gran crecimiento industrial desplazó a los señoritos de toda la vida. Cuando preguntaba a los informantes por los señoritos, en el imaginario venían rápidamente “los cobarros y los carides”. Precizando por estas dos familias alrededor y por su impacto en el pueblo le preguntamos a Salud (1938) si eran burgueses y esto es lo que respondió:

Yo esa palabra no te la entiendo, eran viejos resucitao como yo les digo, porque Caride vino aquí. Su padre, que era gallego, con una mano atrás y otra adelante y los cobarros eran de Abarán, esos venían ya... Tenían allí una fábrica de naranjas o no sé, y cuando vinieron aquí fue cuando empezaron a ponerse en condiciones, entonces el mayor, don José se fue al extranjero, se casó con una mu rica, su padre era un marajá, y ya allí empezó a venir los camiones y empezaron a subir y fue cuando compraron la fábrica, que esa fábrica era de los Salas... Eran los pudientes los señoritos, estaban los Paganes, estaban los del Liberal que era gente bien, eran muchos, estaban este... Alcantarilla era rica... De cuna, prácticamente habían pocos aquí, porque ya te digo que el padre de los carides era gallego. Y los paganes han sido los más eso... Ricos de cuna.

Entre todos los *amos*, los Cobarro son la principal referencia en el imaginario local. La diferencia entre Cobarro y Caride se puede observar en la disposición de las fábricas. Caride, al igual que Eulogio, integraba su hogar dentro de la fábrica, mientras Cobarro situaba el hogar familiar en la calle Mayor. La fábrica de Cobarro era penetrada por las vías del tren y su mirada era principalmente al mercado exterior, haciendo del espacio de la factoría un lugar de flujo de mercancías y personas. Poco después de terminar la Guerra Civil en Alcantarilla, Basilio Antonio Cobarro Tornero procedente de Abarán se hace con la fábrica construida

en 1916 por Salas, Navarro y Verdú entre la vía del tren y el camino de la Voz Negra (Cascales, 2001: 36). La Fábrica de Cobarro era la más grande del pueblo con unos 13.740 m². Cobarro llevaban desde 1932 trabajando verduras, frutas y hortalizas. Importando principalmente a Inglaterra sus productos. Aunque su gran exportación empieza a establecerse y consolidarse desde el año 1940 a 1945. Al principio el envío de sus productos se realizaba en aviones de la compañía Lancaster, desde Los Alcázares hasta Londres. En esta época ya toman la gestión de la empresa sus hijos. Antonio, Joaquín, Basilio -Administración-, José -Director de Comercio Exterior-, Jesús -Director de Negociación, Organización y Funcionamiento de la Empresa-. Entre otras cosas adaptó su producción al mercado exterior, de ese modo elaboró la ensalada de frutas envasadas de origen británico.



Fig. 2. Hermanos Cobarro, hijos de los fundadores de la fábrica.
Fuente: Cangilon (1997: 87)

Caride también tuvo su proyección exterior pero la empresa tenía un concepción diferente, el contacto con las trabajadoras era más directo.



Fig. 3. Jesús Caride en su despacho. Fuente: Cangilon (1997: 95)

Una de las trabajadoras de confianza en Caride, Salud (1938), tras enseñar una foto de Jesús Caride de joven nos mostraba la dicotomía entre el hogar y la fábrica. Espacios simbólicos muy diferentes a pesar de estar integrados en el

mismo conjunto urbanístico.

No, si no era feo el Jesús Caride, pero de joven, claro... To la cara, don Jesús Caride año 1928. Claro... ¡Uhf! ¡Uhf! ¡Qué gordo está! Si no es que fuera malo, a ver si tú me entiendes, yo que sé, era... Que si veía una mujer en algo tenía que haber levantao la mano y no la levantaba, pero luego iba a su casa, que yo muchas veces que me llamaban para hacer cualquier cosa pa' ayudar y se portaba de otra manera, y con las mozas estupendamente, pero en la fábrica... Mucho respeto había [...] Era otra cosa, también, hermosa planta baja y alto, pero esa la tiraron e hicieron todo ese edificio dentro. Vivía Carides y un hijo se casó, y arriba vivía el hijo y abajo ellos, abajo tenían dos plantas y arriba una.

Entre todos los hijos de Antonio Cobarro fue Jesús quien más presencia tuvo en el pueblo, era quien se encargaba directamente de la fábrica. En Alcantarilla Jesús Cobarro tomaba el espacio sonoro del pueblo a través de su *Rolls Royce*. En una calle mayor en los años cincuenta donde no había apenas vehículos, tanto sonoramente como visualmente el coche de Cobarro marcaba un elemento de distinción que cruzaba la espectacularidad y el esperpento. En el imaginario obrero, al *tarzán* –Jesús Cobarro– se le otorgan innumerables historias de sus actividades dentro y fuera de la fábrica, señalando a la finca familiar de “La paloma” como escenario de muchas de estas. La dimensión de los Cobarro hizo que los hechos familiares se convirtieran en sucesos relevantes para la inmensa población. La muerte de Joaquín en un accidente se convirtió en una cita que paralizó medio pueblo: “Fuimos tos al entierro, tos fuimos” (Carmen Barqueros 1947). Algunas de las trabajadoras se vieron arrastradas a asistir, al igual que a la boda de Jesús Cobarro, la cual todavía es muy recordada. Cobarro también modificó la fisonomía urbana del pueblo: en los límites de Alcantarilla construyó las casas de Cobarro, las cuales estaban destinadas a ser alquiladas a los trabajadores que se trasladaban a Alcantarilla. En ese espacio de nuevos ricos los Cobarro se situaron como benefactores, patrocinando y potenciando la Semana Santa en Alcantarilla. Salud (1938) nos contaba:

Y el cristo de Medinaceli, este que sale aquí lo compró la señora, su madre, doña Julia Yelo. Y entonces vinieron cuatro toreros un martes Santo; salieron en la procesión, llegaron en cada angulo del paso, pusieron un capote de cada torero bordao. Fue uno, este que sale en todas las televisiones, eran procesiones de Semana Santa, representando... Este era uno que sale tanto, Ordoñez, Pedrel y este que sale en la tele, Jaime Ostos y Cascales.

Este tipo de patrocinio era el modo de visibilizar el poder, Caride también se hizo patrocinador de la Virgen de los Dolores. Un contrapunto a las diferentes vivencias de Cobarro y Caride podría ser don Rodolfo, venido del extranjero era el supervisor de la compañía suiza Hero, quien se integró en el entorno social que envolvía a la fábrica. Encarna «la cantaora» (1932) nos explicaba: “Y don

Rodolfo, él y su hijo eran maravillosos, le encantaba, era una bella persona. Don Rodolfo iba con el bolero a pescar a La Boquera, que era chófer". Las fábricas de puertas para fuera eran en cierto modo determinaban las dinámicas sociales del exterior, ya que en el interior se tejían de forma cotidiana un determinado "sentido común". Este juego de relaciones se hacía aún más complejo cuando desde el extranjero se llegó a incidir en las tramas internas. La producción de conserva exige una transformación del producto cultivado mediante la manipulación, tal novedad a la hora de procesar los alimentos y la organización del trabajo es un modelo que se adaptó del exterior al entorno que tratamos. Las visitas extranjeras para supervisar la producción se extendió a toda la industria, tanto en las fábricas grandes como en las más pequeñas. Mercedes Orenes (1943) nos contó: "Anca el tío Eulogio iban los belgas y los suizos, los coloraos, más coloraos que la sangre, más borrachos que Dios". Cuando venían comisiones a visitar las fábricas se buscaba dar una imagen muy concreta, así lo relata Salud (1938) en la fábrica de Caride:

Sí, siempre, pa' llenar los botes a caracol siempre ponían gente joven, porque luego venía gente de visita y daba gusto la representación, ¿me entiendes? Venían de otras fábricas, señores, hasta del extranjero venían... Nos ponían a las más jovencitas y vistositas a llenar los botes, y en el melocotón llenando botes, siempre ponían a gente joven porque era ya cuando el bote ya se iba a cerrarlo, era la representación mejor.

Esta disposición de las trabajadoras fomentaba la exhibición de la colectividad femenina como valor añadido a los productos, vendiendo una imagen idílica de los productos murcianos. En la exhibición del proceso industrial había una especie de performance destinada a proyectar una cierta orientalización de los productos elaborados. En cierto modo, ya no solo interactuaban en las tramas sociales la mirada nacionalcatólica, sino también una proyección de la industria exterior. En el momento que se representaba una imagen exótica amoldada a la mirada externa se afirmaba un cierto dominio extranjero. A su vez, en este escrutinio se observaba la higiene del proceso y la calidad del producto, homogeneizando el sistema industrial local a los estándares de otros países, acelerando inevitablemente la implantación de un modelo de organización del trabajo menos artesanal.

Todo esto nos llevaba a la implantación de las lógicas que derivan de la implantación del modelo de Oopenheimer. Foucault (1975: 168) nos explica que las fábricas que aparecen a finales del siglo XVIII se regían por el principio de la división en zonas individuales. Se trata de distribuir a los individuos en un espacio en el que sea posible aislarlos y localizarlos, y articular esta distribución sobre un aparato de producción que tiene sus propias exigencias. En el caso de la industria de la conserva vegetal en Murcia se producirá de forma evidente a finales de los años 50 y principio de los 60.

4. Las réplicas cantadas

La disposición social en las que son enmarcadas las obreras durante el primer franquismo hacía del canto colectivo casi la única vía para exponer situaciones socialmente conflictivas. Bajo esta función se

utilizan cantos de transmisión oral como melodías de moda que se transmitían desde la radio, en discos a través del pick-up o en el cine. Nos encontramos con cantos que podrían ser categorizados como modernos, tales como los tangos, las habaneras, los corridos, e incluso el charlestón. También nos encontramos con otros cantos conceptualizados como tradicionales, todos ellos introducidos en un flujo sonoro donde también se desarrollaba el canto glosado a través de melodías prefijadas. Otras melodías presentes en las fábricas son las de los romances que vendían en los mercados. Además, hemos observado a finales del primer franquismo las llamadas canciones de retórica -o popurrís de temas populares-. Todo esto se organizaba sonoramente en heterofonía, donde proliferaban las voces a finales de las frases. Una lógica ya observada en otras prácticas alrededor del mediterráneo. Estas melodías estaban a disposición de las obreras para visibilizar las tensiones del entramado social, utilizando el canto colectivo como una herramienta discursiva y corporal. Esta práctica la podríamos considerar como una réplica cantada a las disposiciones sociales que les eran otorgadas.

La capacidad propositiva de las obreras estaba condicionada principalmente por el tamaño de la fábrica, las características del sistema disciplinario, el modelo de organización del trabajo y la idiosincrasia de los agentes de los enclaves murcianos. A través del canto colectivo se disputan significados propuestos por el poder que no acababan de interpelar a la identidad de las obreras, de manera que tejían de un modo cotidiano un orden simbólico más lógico a su sentir. Con el uso del sonido podían condicionar su identidad en relación con el entramado social de un territorio. Dentro de los múltiples y contradictorios terrenos de la identidad se cantaban principalmente sobre los límites físicos y simbólicos expuestos en las identidades de género y clase. Estos dos elementos también son señalados por Foucault en *Vigilar y Castigar* (1975) como puntos nodales para establecer el control de las actividades e imponer el orden coercitivo por el cual las instituciones someten a los dominados, a través del control corporal, del tiempo y el esfuerzo. Foucault nos muestra las fábricas como un ente representativo de esa imposición, señalando como el rigor del tiempo industrial ha conservado un ritmo religioso, llamándolas *fábricas-convento*.

Por otra parte Foucault nos muestra como fundamental la articulación del cuerpo con el objeto que manipula durante el trabajo con tal de disciplinarlo, haciendo que el objeto que manipulan las trabajadoras lo arrastre hacia sí. De esa manera, se crea un vínculo coercitivo al convertir el cuerpo de la trabajadora en un aparato productivo. Si a eso le añadimos que las obreras se les planteaba una aporía imposible de solventar, la de la virtud o el pecado, observamos como el trabajo es un elemento moralizante para unos cuerpos-productores que carecían de moral *per se* o eran de dudable moral para el marco legislativo, todo ello en busca de cuerpos dóciles. Así, podemos observar que en las tramas de las fábricas no solo se observan formas de violencia de quién ejerce el poder en dispositivos disciplinarios, sino que también, el sonido nos permite la opción de “exhumar las formas subrepticias que adquiere la

creatividad dispersa, táctica y artesanal” de nuestras protagonistas para replicar al discurso del poder (De Certeau 1996). Unos ejemplos, cantando la clase y el género²:

Si vas por la carretera,
no tienes que preguntar,
La fábrica es una iglesia,
las mujeres son los santos,
los encargados los curas,
que siempre van predicando.

O también:

Entre cuatro encargados,
escribientes y listeros,
se comieron cuatro pollos
a cuenta de los obreros.

O narrando los cuerpos:

Si la moda sigue así, así,
el pelito a lo garçon, garçon,
los hombres falda, las mujeres pantalón.
Con esta moda,
que está tan alta,
no se sabe cierto,
si es hembra o es macho.

5. Conclusiones

El olvido en el que reposan las tramas sociales de determinados espacios amnistiados por aquello que han determinado qué es digno de ser parte del patrimonio, no está enmarcado en un olvido destinado a la destrucción de las huellas, sino lo que Ricoeur (2003) denomina olvido de reserva, un olvido disponible a la búsqueda de los recuerdos. El olvido de reserva al que hemos tenido acceso pone en crisis una identidad cristalizada que exponen los relatos institucionales sobre el pasado. Las instituciones han realizado mediante una apropiación lúcida e intencionada del pasado un discurso oficial. Ese trabajo de ocultación en los procesos de patrimonialización pretende una no continuidad duradera de los elementos que son señalados como amenaza a la identidad de aquellos que ejercen el poder.

Entre las cosas olvidadas está la capacidad discursiva de las obreras, así, mediante el olvido se puede desposeer a los dominados de esta posibilidad. En el texto mostramos como las dominadas no son simples ejecutoras de la disposición de los dominantes, -como tienden a relatar los estudios desde una perspectiva legislativa-, sino que las dinámicas sociales se mueven en marcos más complejos. La capacidad

² Este aspecto ha sido estudiado en profundidad en Martínez Cárcelos (2019): *No habrá paz para las allegadas: El canto colectivo de las mujeres obreras en la Región de Murcia durante el primer franquismo*. UAB. Tesis.

colectiva para crear narrativas divergentes mediante el canto colectivo nos ha servido para profundizar en las contradicciones en las cuales la disposición social exponía a las obreras. No solo eso, el canto se nos ha revelado como una puerta muy efectiva para observar la fenomenología de los recuerdos, para llegar a desgranar en diferentes texturas sus recorridos y situarlos en un entramado tan complejo como el que estudiamos. Así, en entrevistas en las cuales parecía que no había una predisposición a la búsqueda de determinados recuerdos, gracias a los careos con otras entrevistadas que cantaban alguna copla se accedía de forma inmediata a todo un universo aparentemente cerrado por las inclemencias del contexto social actual. Otra de las cosas que se ocultan al olvidar los almacenes y las fábricas de conserva vegetal son las violencias ejercidas contra las trabajadoras. En la búsqueda de los recuerdos de lo que allí sucedía ha quedado como una marca incandescente la acumulación de insultos y vejaciones perpetradas por algunas de las maestras o encargadas de las fábricas, así como los trazos de violencia sexual desempeñados por los amos.

La disputa por otorgar a quién pertenece la memoria y qué lugares deben ser seleccionados como patrimonio no cesará, no es algo que por parte de una planificación política se pueda resolver, sino que desde una perspectiva crítica se podría gestionar o limitar las agresiones de su actuación, algo que se ha producido desde la negligencia. Si hacemos una breve mirada a las acciones del poder respecto a las protagonistas de nuestro relato, observaremos como durante la transición fueron marcada por esa ley de amnistía que buscaba hundir el olvido hasta la raíz en pos de una nueva construcción del Estado. Nos encontramos que muchas de las mujeres trabajadoras de las fábricas de conservas vegetales apenas han cotizado por los años trabajados. Muchas de ellas se vieron obligadas a pedir la confirmación de los años trabajados a los dominantes para regular sus cotizaciones, una decisión que las dejó de nuevo, tiempo más tarde, a merced de los amos. Las entrevistadas han denunciado que durante la transición, los amos de las fábricas les habían declarado una parte mínima de lo que habían trabajado. En muchos de los casos que hemos tratado nos explicaban que las obreras que han tenido suerte, de quince o veinte años trabajados, le reconocieron dos o tres.

Llegados a este punto, podemos desvelar el trasfondo de nuestro relato como un juicio moral sobre la manipulación de la memoria que han ejercido aquellos que tienen el poder. Teniendo en mente un responsable -aquellos que ejercen el poder y pretenden construir un imaginario colectivo desde sus parámetros-, un móvil -depurar una idea de la nación en semejanza a aquello que les define y eliminar todo aquello que pueda amenazar su identidad- y unas armas -las ideas, acciones y productos que sustentan al proceso de patrimonialización desde las instituciones-. Planteando estas imputaciones, sería pertinente que abriéramos el diálogo sobre si es posible una política de justa memoria para ellas. Este es el corazón del relato histórico, el cual ata un deudor con su deuda y explora un acercamiento. En el momento que se disciernen tanto las víctimas como los agresores, provocamos la posibilidad del

reconocimiento, pero también exponemos a los diferentes sujetos a la disputa política.

Para Ricoeur (2003), el fin último del juicio moral que esconde la denuncia de los usos y abusos de la memoria y el olvido, es el perdón mediante el ejercicio de la historia al atar un deudor con su deuda. Esta posición le ha acarreado críticas que señalan su posicionamiento sobre la memoria como un recorrido que se impulsa desde una raíz católica. Es en este asunto, donde Derrida (2003) ve el perdón como una imposibilidad, ya que para poder perdonar se tiene que abandonar la esfera del perdón, perdiendo así su sentido ontológico, dando al perdón una función dialéctica siempre como amenaza y no como culminación.

Por nuestra parte, no estamos en condiciones de ver el perdón como un horizonte dentro de una dialéctica que se puede deslizar desde un marco vengativo, para nosotros, entre la aporía que hay entre el perdón difícil en Ricoeur y el perdón imposible en Derrida, proponemos un campo nuevo por recorrer. Ante esta aporía, el camino epistemológico a recorrer es el de la propuesta patrimonial -la cual es en parte juez de los recuerdos-. Para esbozar una senda que no soluciona nada pero puede paliar o minimizar el daño de los abusos de la memoria y el olvido, deberíamos ser capaces de proponer fórmulas patrimoniales soberanas.

Las formas de resistencia son diversas e inimaginables, las fórmulas aún no exploradas de creación patrimonial generadoras de comunidad, en nuestro caso, podrían ser el camino para poder dotar a las memorias de las obreras un espacio para integrar sus recuerdos y sus identidades de un modo digno, minimizando las inferencias de unas instituciones culturales no representativas a la hora de integrar, seleccionar y ordenar el tiempo, la pena, los cuerpos, las voces, las alegrías y las tristezas de las habitantes de las fábricas de conserva vegetal de Murcia.

6. Referencias bibliográficas

- ARIÑO VILLAROYA, Antonio. «A invención do patrimonio cultural e a sociedade do risco», *Grial: Revista galega de cultura*. Nº 149, 2001.
- AUGÉ, Marc. *Los «no lugares»: espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa, 2008 [1992].
- AYATS I ABEYÀ, Jaume. *Cantar a la fàbrica, cantar al coro: Els cors obrers a la conca mitjana del Ter*. Vic: Eumo, 2008.
- BABIANO, José. «Introducción», a José BABIANO (ed.), *Del hogar a la huelga: trabajo, género y movimiento obrero durante el franquismo*. Madrid: Catarata (2007) 17-24.
- BOURDIEU, Pierre. *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama, 2008 [1998].
- CASCALES, Pedro L. *Las chimeneas industriales de Alcantarilla*. Alcantarilla: Ferretería Zapata, 2001.
- CARNÉS, Luisa. «Cómo gana para su ajuar las muchachas de la huerta», *Revista Estampa* 441: Madrid. Luisa Carnés (1936) 15-17.
- DE CERTEAU, Michel. *La invención de lo cotidiano*. Mexico: Universidad iberoamericana. Departamento de Historia. 1990 [1996].

- DERRIDA, Jacques. *El siglo y el perdón seguida de Fé y saber*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor, 2003.
- FOUCAULT, Michel. *Vigilar y castigar*. Madrid: Siglo XXI, 1975.
- GONZÁLEZ MARTÍN, Carmen. «Anarquistas de Ayer y de Hoy», *Diacronie* 7: 3, documento 16, 2011. Link: <https://journals.openedition.org/diacronie/3359> [Consultado el 9 de marzo del 2017].
- KORCZYNSKI, Marek; PICKERING Michael; ROBERTSON Emma. *Rhythms of Labour: Music at Work in Britain*. New York: Cambridge University Press, 2013.
- LIZARAZU DE MESA, María Asunción. «En torno al folklore musical y su utilización: el caso de las Misiones Pedagógicas y la Sección Femenina», *Revista Complutum* 6, 2013.
- MARTÍNEZ CÁRCELES, Ibán. *No habrá paz para las allegadas: El canto colectivo de las mujeres obreras en la Región de Murcia durante el primer franquismo*. UAB. Tesis, 2019.

